

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 10 DE SEPTIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Un consejo a la juventud

[Vibrante Editorial de *El Tiempo* de Bogotá, con motivo de la *Carta a la Juventud de Colombia*, que *El Tiempo* reproduce, y que vió la luz en el REPERTORIO AMERICANO N° 14, del tomo en curso].

EL mensaje de José Vasconcelos a la juventud colombiana, es un alto y noble documento, saturado de varonil optimismo y de recia energía. De par en par abre él las puertas del espíritu a nuevas ideas y a la visión de una intensa labor renovadora, basada en el desarrollo de nuestra propia personalidad, del alma latino-americana que empieza a tomar forma concreta y reclama su puesto directivo en la evolución de la humanidad.

El magnífico maestro mejicano dice a nuestra juventud cuál es, en sus grandes lineamientos, la obra que le corresponde realizar: engrandecer la patria dentro de su propia idiosincrasia, con caracteres personales inconfundibles y sirviendo a un ideal superior de raza y de humanidad; romper las viejas rutinas y abrir paso a la justicia, con denodado y tenaz empeño. Y ya al final, exclama:

«Reflexione la juventud que no es sólo haciendo discursos como se reforma el mundo, sino preparándose para llevar a la práctica todas las ideas que a nosotros nos parecen buenas».

En esa frase vemos la síntesis del hermoso mensaje. Para acometer la vasta labor que se esboza, una cosa es necesaria: preparación moral e intelectual. En el tumultuoso vivir contemporáneo, no se puede luchar sin las armas de la técnica, y sin la energía y resistencia que da la salud del alma, efecto del desinterés, de la probidad, de la buena fe. Inteligencias finas o sabias al servicio de seres corrompidos, son factores maléficos, y las que lo fían todo al vigor natural y no piden al estudio constante y disciplinado los elementos que la complementen, apenas podrán realizar obra superficial, brillante mariposeo del que nada queda.

Sopla por el mundo un viento de

ARRIBISMO, el mal de llegar cuanto antes, de llegar al éxito, a la notoriedad, a las posiciones provechosas, de cualquier modo, por asalto si es posible, y ese mal roe a la juventud y le quita todas sus fuerzas positivas. Llegar no significa nada desde el punto de vista del idealismo creador; con ello apenas se logrará desacreditar las alturas, que se abajan para ponerlas al alcance de todos los audaces, y en las que de esa suerte no florecen sino las plantas raquílicas del medro individual.

Huya de ese triste apetito nuestra juventud, y oiga la enseñanza de Vasconcelos: el mundo no se reforma con frases, sino con el empuje de mentalidades preparadas al calor de la ciencia y de la meditación; de ener-

gías forjadas sobre el yunque de honradas convicciones. La política, con sus oropeles y su vocerío, suele aturdir a muchos, que en sus agitaciones ven un ambiente propicio a su esfuerzo, pero a nada grande ni bueno llevará ella si no se la toma como simple medio de luchar por ideas concretas y claras, respaldadas por sólidos estudios y no hijas de pobres improvisaciones retóricas.

...Amplio campo ofrece la vida a nuestra juventud; lo encuentra casi todo por hacer y su noble ambición tiene ante sí múltiples objetos, pero que no olvide ella cuáles son los caminos precisos para alcanzar victorias dignas de ese nombre y para dejar huella perdurable: los austeros caminos del estudio, del esfuerzo, de la independencia altiva, de la recia moralidad, esos que desdeña el arribismo vocinglero y que dan a la vida del que sinceramente los sigue, un incomparable sello de dignidad, de vigor y eficacia: lo único que permanece cuando se borra el rastro fugaz e inglorioso de los éxitos improvisados en la confusión de las luchas sectarias.

Nosotros y la Nueva Era

(FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA AMERICANA)

A JOSÉ INGENIEROS.

A grandes rasgos—excepción hecha de la gallarda actitud de la República Argentina frente a la Liga de las Naciones—: la política exterior de los países hispano-americanos de los años comprendidos por la guerra y la «paz» que la siguió, ha sido de la más absoluta y servil abdicación de la personalidad y la independencia colectivas... En cuanto a México—nuestro amado México—la cosa cambia de aspecto por completo. Su honrosa revolución, pletórica de virilidad y de sentido, ha revelado valores humanos de primera fuerza, que yacían oprimidos por la organización oficial de la ramplonería, la mediocridad y la ineptitud. Debido al esfuerzo recio y heroi-

co de tal vez más de dos generaciones de hombres (no de muñecos sobornables) el nombre de México es hoy unánimemente admirado en el Continente por la gente de conciencia; y todo el que ama la libertad y tiene una idea de la misión constructiva que nos toca realizar en América, rinde homenaje de reconocimiento y de respeto a la patria de Juárez.

Dado el abrumador desconocimiento que reina entre nosotros de la labor crítica y constructiva de la brillante generación de mexicanos que, desde 1910, ha asumido la responsabilidad de sus propios destinos, arrollando pujantemente todo lo que se opone al normal y armonioso desenvolvimiento